

DE LOS 2.000 MILLONES DE HABITANTES DEL GLOBO, 1.800 ESTAN MAL NUTRIDOS

LOS PROBLEMAS DE LA ALIMENTACION DEL MUNDO VISTOS POR UN SABIO ESPAÑOL

EN el Norte de España, en el pueblo mariner de Colunga —prado verde y mar azul, conjugados en una viril y tierna acuarela de paisaje asturiano—, nació en la primera década del siglo un niño que fué bautizado en iglesia íntima y recoleta, con ex votos de pescadores y leyendas de galernas. De nombre, Francisco, hijo de un Grande y una Covián, apellidos muy de aquella tierra, plenos de resonancias telúricas de *Danza Prima* con fondo de gaita y tambor.

Allí, en las arenas de aquella playa cantábrica, aprendió el niño Francisco a contemplar en los firmamentos náuticos lo infinitamente grande, para disciplinar su retina, por contraste y ejercicio cósmico, a lo infinitamente pequeño del mundo del microscopio. Desde aquel bautizo puerberino con sidra dulce y canciones montañeras, hasta el nombramiento de miembro de la *Physiological Society*, de Londres, pasaron sólo treinta y ocho años. Amplia peripeca científica, encerrada en un exiguo período vital de estudio intenso y desvelos universitarios. Sanción y reconocimiento a una labor trascendental, únicamente asequible a hombres de pestañas quemadas por las reverberaciones de las redomas y los tubos de ensayo.

A la Sociedad de Fisiología de Londres sólo tuvieron acceso hasta ahora dos investigadores españoles. Uno, Cajal, en sus tiempos de triunfo. Otro, Francisco Grande Covián, hace pocos días. ¿Qué clase de pasaporte se necesita para cruzar la frontera científica del famoso organismo londinense? Llamarse, por ejemplo, eso: D. Santiago Ramón y Cajal, y llevar consigo el asombroso equipaje de un hallazgo que hiciera pararse por un momento el reloj de los conocimientos humanos, para que las agujas cambiasen de rumbo y señalaran una hora estelar. Por eso Francisco Grande Covián —jefe de la Sección de Vitaminas del Instituto "Ibys" y de la de Fisiología del Instituto de Investigaciones Médicas, que dirige el profesor Jiménez Díaz— es ya lo que es, cuando aún la juventud más auténtica le brilla en los ojos y cuando todavía le queda por delante toda la íntegra, ancha y fecunda esperanza de la madurez.

INTENTO BIOGRAFICO

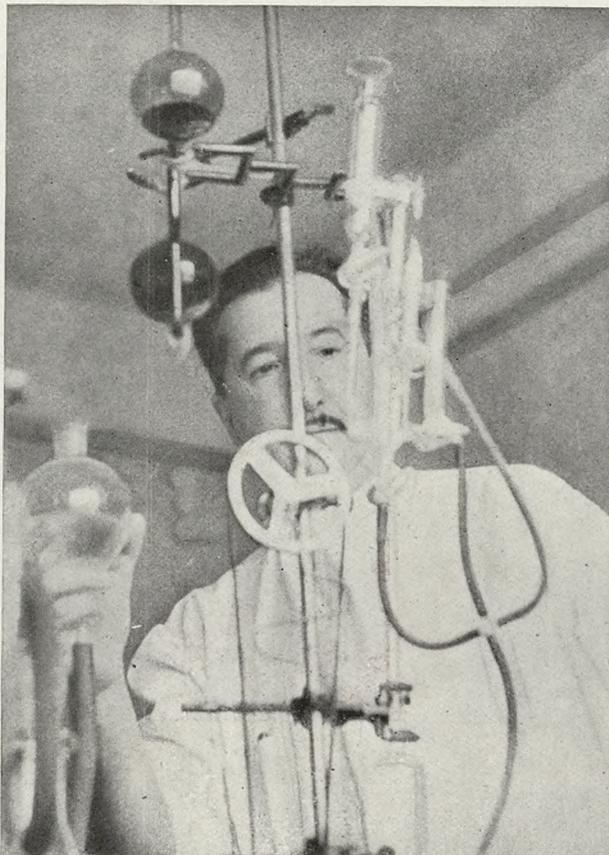
Los sabios —especialmente los sabios de treinta y ocho años— no suelen tener biografía. Su mundo es de cortas dimensiones: una biblioteca, un laboratorio, un microscopio. Su aventura humana, una árida ruta con escenografía repetida de aulas y claustros universitarios. El alumno Grande Covián salió al encerado, por primera vez, en una clase del Instituto de Oviedo, en cuya Facultad de Ciencias cursó el preparatorio. Licenciatura con premio extraordinario, y doctorado, en Madrid. Después, cursos especiales en Friburgo, Copenhague, Lund y Londres, en el University College, con los profesores Hoffman, Krogh —premio Nobel de Fisiología—, Thunberg y Lovatt Evans, respectivamente.

De regreso a España, se le encarga de la cátedra de Fisiología en San Carlos, que desempeñó hasta que el ruido de las ametralladoras y los obuses interrumpió el curso normal del acontecer de los días. Durante la guerra civil, regentó en Madrid el Departamento de Fisiología del Instituto de Higiene de la Alimentación, donde se ocupó, con sorprendentes frutos, del estudio de los problemas nutritivos planteados por la guerra a la población madrileña. Estudios e investigaciones de una trascendencia inestimable, que le valieron una alta distinción internacional: el requerimiento en 1939, por parte de la Comisión en Europa de la Fundación Rockefeller, para colaborar en el estudio sobre la nutrición de algunos países, invitación que la misma entidad repitió dos veces años más tarde para que se trasladase a Francia, en pleno incendio bélico mundial, donde trabajó junto a investigadores norteamericanos y franceses, también sobre problemas alimenticios de poblaciones afectadas por el conflicto. Su autoridad en estas materias es definitiva. Oigamos su opinión.

HABLA EL DOCTOR GRANDE

—La humanidad, considerada en conjunto —comienza a decirnos—, padece un grave problema nutritivo, cuya magnitud no ha sido bien apreciada hasta tiempos recientes. El

mundo pasa de los 2.000 millones de habitantes. De ellos, los mejor nutridos eran los de Norteamérica, Inglaterra, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Suecia y Suiza. Es decir, poco más de 200 millones, escasamente el 10 por 100 de la población total mundial. Sin embargo, incluso en estos países existen núcleos importantes demográficos que se nutren inadecuadamente, según demostraron los estudios practicados sobre todo en Inglaterra y Estados Unidos con esta finalidad.



—Háblenos de las consecuencias del reciente conflicto.

—La última guerra ha agravado considerablemente el problema, en especial en los países europeos; pero ha habido otros que han sacado, por lo menos, provechosas enseñanzas de la situación. Así, en Inglaterra, aunque la situación alimenticia es indudablemente apurada, el nivel nutritivo general es mejor que el de antes de la guerra y el estado alimenticio de las capas de población antes peor nutridas ha mejorado singularmente al mejorar los sistemas de racionamiento y al hacer una más científica distribución de los productos esenciales. Al mismo tiempo, la necesidad de incrementar la producción nacional ha llevado a la intensificación de cultivos, aplicando métodos más eficaces que elevaron grandemente los índices agrícolas. Estos resultados son alentadores, por cuanto indican el camino que es necesario seguir para que los países puedan resolver este fundamental problema.

Después de una pausa, agrega:

—El presidente del organismo de Alimentación y Agricultura de las Naciones Unidas, sir John Boyd Orr, estima que un 75 por 100 de la población mundial padece hambre o desnutrición marcada. La situación es tanto más lamentable si se piensa que un 70 por 100 de la humanidad es precisamente productora de alimentos. El problema, por tanto, está no sólo en incrementar la producción, sino también en elevar el poder adquisitivo de las clases económicamente débiles, para que puedan obtener los alimentos que necesitan y de los que ahora carecen.

—¿Cuáles son los alimentos más necesarios en el momento actual?

—El problema alimenticio es hoy bien conocido en los países civilizados en su aspecto teórico y es fácil determinar cuáles son los alimentos más necesarios actualmente para cada país. En Inglaterra, por ejemplo, estima Orr que, para elevar el consumo de alimentos protectores hasta un nivel óptimo, la producción de leche debería aumentar en un 60 por 100; la de huevos, también en un 60; la de frutas, en un 70; la de hortalizas, en un 60, y la de carne, en un 25. La leche es uno de los alimentos más deficitarios en el momento actual, ya que su consumo es muy inferior al necesario, incluso en muchos de los países mejor nutridos. El incremento en el consumo de leche es una de las medidas más urgentes en buen número de países, el nuestro entre ellos.

—¿Y en los países centroeuropeos?

—En lo que respecta a la situación actual en los países del centro de Europa y también en los de Oriente, el problema es más de cantidad que de calidad, o sea al revés que antes de la guerra, donde las deficiencias se referían a la falta de alimentos protectores, es decir, ricos en minerales, vitaminas y proteínas de elevado valor biológico. Por lo tanto, el problema, hoy, es simplemente de insuficiencia de cantidad. En este sentido, es de la mayor urgencia elevar el valor calórico de la dieta, enriqueciendo sobre todo la ración de grasa. Un aporte de grasas vegetales es, en este aspecto, tan necesario para la solución del problema nutritivo europeo como el del trigo y la carne. Estos tres artículos, trigo, grasas y carne, son sin duda los que Europa necesita con mayor urgencia.

—¿Qué opina usted, doctor, de la ayuda hispanoamericana para la solución del problema?

—Los países sudamericanos poseen enormes riquezas en materias alimenticias y ellos constituyen, con Norteamérica, la esperanza de millones de europeos que soportan en estos momentos restricciones nutritivas enormes. Sin embargo, la solución total no puede estar sólo en consumir lo que la ayuda americana pueda enviar. Es preciso que cada país estudie científicamente sus problemas alimenticios y promueva la producción autóctona de alimentos en proporción suficiente para asegurar un normal estado de salud a todos los individuos. Las experiencias realizadas en algunos países han sido altamente satisfactorias y el aumento de la producción que puede conseguirse por la aplicación de los modernos métodos de cultivo será capaz de asegurar la alimentación abundante de la humanidad, aunque ésta siga creciendo en número como hasta ahora.

EL HOMBRE, EN LA INTIMIDAD

Después de nuestra breve conversación con el joven investigador español —breve porque sus minutos son más valiosos que nuestras horas— hemos curioseado un poco indiscretamente en la parte humana del sabio, cuya línea se separa de los reflejos de los tubos de ensayo...

De la estirpe de los Cajal, los Curie, los Fleming, Francisco Grande Covián no es uno de esos estudiosos que se aíslan en un paréntesis nostálgico de vida aplastada por las consecuencias de su sacerdocio científico. A pesar de su abrumador trabajo, aun le queda tiempo para respirar el aire de los parques. Para jugar con sus dos hijos —un varón de cinco años, y una mujercita de cinco días—. Para asistir infaliblemente a todos los conciertos, su gran pasión estética. Para sentarse en una butaca y presenciar las peleas de los Vaqueros del *Far-West* y las lágrimas de mentol de Ingrid Bergman. Para leer novelas, para visitar exposiciones y para tomarse una copa con los amigos. Todos los veranos, gusta de sentir en sus pies desnudos la espuma de su playa cantábrica y perderse al atardecer entre los laberintos de los acantilados, cuyos dientes de piedra muerden golosamente los festoneos salobres de la pleamar.

Y además de todo esto, horas y horas inclinado sobre el microscopio, en cuyo misterioso cristal tropezará algún día con ese hallazgo emocionante que tendrá para la ciencia cualquier nombre latinizado, y para el mundo pudiera llamarse algo así como Premio Nobel. Quien a los treinta y ocho años ha cubierto tan duras etapas científicas, puede continuar ascendiendo con seguridad hasta el vértice de los elegidos.

J . V E G A P I C O

